

9-2003

Los Santuarios: Lugares Misioneros

Jean Landousies C.M.

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana>



Part of the [Catholic Studies Commons](#), [Comparative Methodologies and Theories Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [Liturgy and Worship Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Landousies, Jean C.M. (2003) "Los Santuarios: Lugares Misioneros," *Vincentiana*: Vol. 47 : No. 5 , Article 53.

Available at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana/vol47/iss5/53>

This Article is brought to you for free and open access by the Vincentian Journals and Publications at Via Sapientiae. It has been accepted for inclusion in Vincentiana by an authorized editor of Via Sapientiae. For more information, please contact digitalservices@depaul.edu.

Los santuarios: lugares misioneros

por Jean Landousies, C.M.
Provincia de París*

Es tal vez con asombro como constatamos que la Congregación de la Misión está comprometida en la animación pastoral de numerosos santuarios a través del mundo. Santuarios específicamente ligados a los Lazaristas o a las Hijas de la Caridad, pero también santuarios nacionales o regionales directamente unidos a la Iglesia local. Este número de *Vincentiana* da testimonio del trabajo misionero que se realiza en ellos. En una época en que la “piedad popular” recobra un lugar notable y reconocido en la vida de numerosas comunidades cristianas, ha parecido interesante reflexionar sobre algunos aspectos de la función de los santuarios dentro de una pastoral misionera vicenciana.

1. Santuarios que reúnen un pueblo para Dios

En estos lugares donde Dios visita a su pueblo

Que sean grandes o modestos, consagrados a la Virgen María o a los santos de la Familia Vicenciana o a otros, los santuarios son lugares donde Dios toma la iniciativa de venir al encuentro de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo, donde Cristo encarnado y resucitado se manifiesta ¡de manera tangible casi podríamos decir! Lugares de un encuentro entre Dios y los hombres, lugares de una presencia viva del Resucitado que atrae a un pueblo para reunirlo, los santuarios piden, pues, ante todo, que los misterios fundamentales de la fe cristiana sean puestos de relieve en ellos y que los cristianos se comprometan a tomar conciencia de que han sido enviados al mundo, en seguimiento de Cristo, para ser sus testigos auténticos.

Los “encuentros” de formas múltiples que se desarrollan en los santuarios responden a las llamadas de Dios de una gran diversidad, bien sean directas o por mediación de la Virgen María o de los santos. Pero la marcha de la peregrinación realizada por aquellos que responden a la invitación de la Virgen a ir a tales lugares, como por aquellos que van a honrar a un santo allí donde vivió, o también por aquellos que se reúnen en un santuario nacido de la intuición de personas animadas por el Espíritu, tienen por intención primera rendir gloria a Dios.

Los creyentes se suceden de generación en generación

Hoy, la actitud de ponerse en camino hacia un santuario vuelve a encontrar sus cartas de nobleza. En Europa conocemos, por ejemplo, los

* Secretario de la Asociación de los Rectores de Santuarios de Francia.

desarrollos considerables de la peregrinación hacia Santiago de Compostela según los antiguos itinerarios.

Es interesante situar esta actitud del peregrino en la historia de los lugares que él visita y, sobre todo, la continuidad de experiencia que se expresa en ello, a veces después de generaciones. Los santuarios, desde los más humildes a los más frecuentados, son los testigos de una tradición de oración, pero también de conversión del corazón, de curación del alma, incluso del cuerpo, así como del reconocimiento por las gracias recibidas. El peregrino, bien sea solo o en grupo, se introduce en esa interminable procesión de aquellos que le han precedido. Se sumerge en un largo proceso de solidaridad y de apertura a un inmenso pueblo de creyentes que viene a responder a una llamada percibida con más o menos clarividencia, y que se hace disponible a la Palabra.

Para recibir un mensaje específico que traduce el Evangelio

Los santuarios son, pues, ante todo, lugares al servicio de la fe, aunque no sean objetos de fe. El mensaje que allí se entrega no hace sino recordar el Evangelio de Cristo, que se revela al hombre en la multiplicidad de sus facetas. Por esta razón, la experiencia espiritual que allí se expresa tiene carácter universal. Pero el origen de cada santuario, con su historia, las circunstancias de su desarrollo... hacen que tenga un carácter específico que da testimonios de la manera como Dios reúne a los hombres en su vida y en su historia común. La llamada de los acontecimientos que se desarrollaron en el pasado debe incitar a estar atento a los signos actuales de Dios, para dar sentido al presente y orientar el porvenir. Los santuarios son para muchos peregrinos lugares de parada, de “descanso interior”, favoreciendo así una vuelta a la fuente de la vida, para desalterarse, renovarse y regresar más fuerte.

Lugares de acogida y de libertad

Si los santuarios, más que nunca, son lugares misioneros, es que en muchos países son lugares donde numerosas personas que no frecuentan habitualmente las iglesias se reúnen, pasan un momento solos, en familia o en grupo; turistas, buscadores de lo espiritual, buscadores de la esperanza y de razones de vivir, buscadores de Dios tal vez... Saben que peregrinos u hombres de buena voluntad, todos los que pasan, aquí son atendidos.

Porque estos lugares no son como los demás, son percibidos como lugares de oración, de recogimiento, de paz. Peregrino o turista, cada uno puede percibir a su manera que el santuario es un lugar a donde se viene en peregrinación, donde se busca algo, ¿donde se intenta ir hacia Alguien! Si en el peregrino hay voluntad de encontrar a Dios, uno no puede sino desear que el turista pueda también, un día, encontrarse en este camino de fe. ¿No son los santuarios los lugares privilegiados donde el Espíritu viene a hablar al corazón del hombre?

Para que esto pueda ser realidad, la calidad de los lugares tiene, claro está, su importancia, pero aún más la calidad de las personas que acogen. Saber escuchar, dialogar, entender la cuestión profunda que, a veces, tiene dificultad de ser expresada, son aptitudes indispensables en aquellos que reciben a peregrinos o visitantes. El santuario es un lugar donde la Palabra de Dios es anunciada con fe, dentro de un clima de escucha, fraternal y convival respecto a todos, comenzando por los pobres, los enfermos, los pequeños y los humildes.

En un contexto tal, se percibe cuán singularmente misioneras y particularmente adaptadas a la acogida de personas receptoras de la Palabra que les será anunciada y compartida, las “cinco virtudes vicencianas”. Ellas crean también las condiciones de un mayor respeto a la libertad de las personas y de los grupos, no sólo en la organización de la visita de los lugares, sino, sobre todo, de la libertad interior que permite acoger lo que el espíritu dice al corazón de cada uno. Son cada vez más numerosas las personas que se dicen no creyentes o malos creyentes, incluso adeptos a otras religiones, que vienen hacia los santuarios, ¡en búsqueda de “Dios desconocido” o en espera de una respuesta a su cuestionamiento espiritual!

Para anunciar el Evangelio y educar la fe

Llegamos aquí al corazón de la misión de los santuarios. Propuesta y profundización de la fe, aprendizaje de la oración. ¡Cuántos planes pastorales se hacen posibles en estos lugares! El peregrino es una persona disponible y receptiva. Él puede tomar tiempo de iniciarse en el mensaje del lugar y por ahí descubrir o redescubrir la fe cristiana.

Todos los misioneros que han participado en la animación de santuarios saben que estos lugares son privilegiados para el anuncio del Evangelio y para la sacramentalización, particularmente para los sacramentos de la Reconciliación y Eucaristía. Aquí se aprende también, en concreto, que la liturgia misma está en el corazón de la evangelización.

Además, los santuarios son lugares privilegiados para abrir los corazones y las inteligencias, para extender los horizontes a las dimensiones del mundo, de la Iglesia universal y de su misión. Finalmente, no podemos tampoco olvidar el hecho de que los santuarios son lugares propicios para hacer eco a la llamada de seguir a Cristo, muy particularmente en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada.

2. Los santuarios y la piedad popular

Los santuarios han sido, a veces, desacreditados so pretexto de que son lugares de manifestación de prácticas de piedad popular. Ciertamente, éstas deben ser purificadas, “cristianizadas”. Recordaremos, sin embargo, que San

Vicente recomendaba rogar a la Virgen con los medios de la piedad popular. ángelus, rosario, letanías...

El “Directorio sobre la piedad popular y la liturgia”**, publicado en 2002 por la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos, recordó oportunamente el lugar de la piedad popular dentro de la vida de la Iglesia. El documento subraya particularmente que es una rica expresión de la fe y que ha sido, y sigue siendo, un aliento espiritual para los cristianos a lo largo de los siglos:

La piedad popular es un tesoro de la iglesia

¿Podemos imaginar, subraya el Directorio, lo que resultaría para la historia de la espiritualidad cristiana de Occidente si no hubieran existido, por ejemplo, el Rosario o el Vía Crucis, que durante siglos nutrieron la vida espiritual de tantas generaciones? ¿Podemos imaginar lo que hubiera sido la vida cristiana de numerosas regiones del mundo sin esos santuarios hacia los que se va en peregrinación: Jerusalén, Roma, Compostela y tantos otros innumerables lugares hacia los que, desde generaciones, se encamina el pueblo cristiano para confiar su vida a Dios, por la intercesión de la Virgen María o de los santos? La vida social de una aldea o de una región se constituyó, a veces, en torno a esos santuarios, capillas, lugares de culto que esmaltan tantas regiones del mundo.

Es verdad que en el curso de los siglos muchas supersticiones están ligadas a ciertas formas de piedad populares y esto debe impulsar a reflexionar sobre la relación que existe entre las prácticas de piedad popular y la liturgia de la Iglesia. Ciertamente, en el Decreto sobre la liturgia (*Sacrosantum Concilium*), en los números 10, 12, 13, el Concilio Vaticano II afirma con fuerza que la Liturgia es *la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza*. Pero un poco más adelante, en el nº 12, el texto conciliar prosigue: *no obstante, la vida espiritual no se encierra con la participación en la sola liturgia*. En efecto, lo que llamamos *ejercicios de piedad* o los ejercicios de piedad del pueblo cristiano, desde el momento en que son conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, son importantes para alimentar la vida espiritual. Sin embargo, añade el Concilio en toda lógica con su primera afirmación: *es preciso que estos mismos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada Liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos*. (nº 13)

Después del Concilio, el Magisterio de la Iglesia se ha interesado de nuevo en esta cuestión, para desear una renovación de la piedad popular. Así, en diciembre de 1988, Juan Pablo II, en una Carta Apostólica sobre esta cuestión,

** Congregación para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos. *Directoire sur la piété populaire de la liturgie*. Principes et orientations. Pierre Téqui éditeur, París 2002.

Vicesimus quintus annus, afirma: *La piedad popular no puede ser ni ignorada ni tratada con indiferencia o menosprecio, ya que, por su naturaleza, es rica en valores, y ya, en sí, expresa la actitud religiosa de cara a Dios. Pero ella tiene continuamente necesidad de ser evangelizada, a fin de que la fe que ella expresa, llegue a ser siempre un acto más maduro y auténtico. Tanto los ejercicios piadosos del pueblo cristiano como las otras formas de devoción son acogidos y recomendados desde el momento que no suplanten o se mezclen con las celebraciones litúrgicas. Una auténtica pastoral litúrgica sabrá apoyarse en las riquezas de la piedad popular, purificándolas y orientándolas hacia la Liturgia como ofrenda de los pueblos.* (nº 18)

Es pues recomendable reconocer el valor de la piedad popular, salvaguardar la verdadera substancia, purificándola allí donde es necesario, esclarecerla a la luz de la Escritura y orientarla hacia la liturgia, sin oponerse a ella. Se reconocerá aquí la urgencia de la formación de los fieles para que la piedad popular evite lo que favorece la búsqueda, a cualquier precio, de “lo extraordinario”, las experiencias pseudo-religiosas y toda manipulación de religiosidad vana o desviadora.

La piedad popular es una expresión de fe

Hay que reconocer que las múltiples formas de una auténtica piedad popular son testimonio de la fe de la gente sencilla de corazón, expresada de forma directa. Ellas subrayan este o aquel aspecto de la fe, sin pretender abarcar todo su contenido. Los elementos sensibles, corporales, visibles que caracterizan la piedad popular son el signo del deseo interior de los fieles de expresar su adhesión a Cristo, su amor a la Virgen María; es también su manera de invocar a los santos: tocar una imagen del Crucificado o de la Dolorosa, es un modo de expresar que uno tiene algo que ver con ese dolor. Hacer una peregrinación a pie, afrontar la fatiga y gastar dinero en eso, es una manera de manifestar el deseo que uno tiene de acercarse al misterio que se hizo visible en tal o cual santuario. Llevar una medalla es la expresión de una confianza en la intercesión de María o de los santos.

La liturgia no elimina las demás formas legítimas de expresión de la fe en Cristo Salvador. De una u otra manera las manifestaciones auténticas de piedad popular hunden siempre sus raíces en los misterios de la fe cristiana, aunque a veces ellas comporten elementos cuyo origen puede serle exterior. Si en el transcurso de los tiempos la evolución de las mentalidades han dado, a veces, un lugar predominante a la exterioridad en detrimento de la interioridad, o favorecido prácticas más o menos desviadoras, conviene ayudar a los fieles a que vuelvan a descubrir en tales manifestaciones de piedad popular el lazo vital con el acto de creer y vivir en Cristo.

No obstante, si es esencial que en las fórmulas de oración como en los gestos de devoción establecidas por los cristianos, la fe cristiana sea reconocible y que se encuentre en ellos una referencia a la Revelación cristiana, no se puede exigir que en cada práctica particular de fe se exprese la plenitud de la Revelación. La piedad popular no es un todo completo en sí misma; ella tiene como función preparar el corazón, disponer el espíritu a recibir la gracia divina de una manera más amplia ¡a través de la celebración litúrgica del misterio de Cristo!

Conclusión: *los santuarios, lugares para la misión*

En los santuarios donde ellos trabajan, los Vicencianos son depositarios de la gracia propia de tales lugares, de su mensaje. Y les conviene dejarse impregnar de esa gracia y difundirla. Pero, allí encuentran también la posibilidad de desarrollar una pastoral donde se exprese el espíritu misionero vicenciano.

Es, a la vez, una *suerte* y un *desafío* que así les son propuestos. Suerte porque un santuario congrega peregrinos de todos los orígenes, que vienen casi de todas partes, porque extiende ampliamente el mensaje evangélico y tiene la irradiación de un centro espiritual, finalmente, porque acoge a los que están más o menos alejados de la Iglesia, o también a los que desean volver a unirse a ella sin hacerse notar demasiado.

Pero es también un desafío, para los Vicencianos, porque les es posible allí dar testimonio profundo del espíritu del Señor Vicente, sobre todo en la manera de acoger a las personas y a los grupos, de estar presentes y anunciar el Evangelio de la esperanza. Los santuarios son considerablemente frecuentados por los pobres, por los enfermos, los “heridos de la vida”, todos aquellos a quienes Vicente ha enviado a sus hijos y a sus hijas. Son también frecuentados por personas que necesitan ser sensibilizadas en la solidaridad, en el compartir, en la atención a los que sufren... La originalidad de estos lugares es que esas personas vienen a ellos espontáneamente y se hallan lo más frecuentemente en estado de escucha, de disponibilidad interior. ¡Qué gracia se le ofrece así al misionero!

Cuando, en numerosas regiones del mundo, las peregrinaciones, las reuniones en los santuarios experimentan una recuperación de interés, los Vicencianos están obligados a aprovechar la ocasión providencial que les es dada de anunciar allí el Evangelio a los pobres y de crear lazos de solidaridad y de fraternidad entre hombres y mujeres llegados de horizontes cada vez más variados. Hay otros muchos campos para la misión, pero este viene oportunamente a recordarnos la sed “espiritual” y a menudo también “corporal” de un pueblo cuyas fronteras sobrepasan en mucho las de la Iglesia institucional.

(Traducción: VÍCTOR LANDERAS, C.M.)